

Los papalotes de la pandemia: informantes de la habitabilidad urbana

Nancy Merary Jiménez Martínez

Investigadora asociada del Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias de la Universidad Nacional Autónoma de México (CRIM-UNAM), México.

E-mail: njimenez@crim.unam.mx

Fecha de recepción: 01/06/2021

Aceptación final: 24/01/2022

En este trabajo se analizan las condiciones de habitabilidad urbana de algunos barrios populares de la ciudad de Cuernavaca, México, a partir de lo que informan "los papalotes de la pandemia", una práctica social emergente entendida como un comportamiento compensador para enfrentar las medidas de confinamiento. Con la ayuda de una encuesta en línea, los papalotes de la pandemia permiten reflexionar sobre la habitabilidad urbana en estos asentamientos y, al mismo tiempo, descubren desigualdades y restricciones estructurales son vehículo para plantear soluciones innovadoras.

Palabras clave: habitabilidad urbana, desigualdades estructurales, barrios populares.

The papalotes of the pandemic: Informants of Urban Habitability

Abstract

This paper analyzes the conditions of urban habitability of some popular neighborhoods of the city of Cuernavaca, based on what "the papalotes of the pandemic" report, an emerging social practice understood as compensatory behavior to deal with confinement measures. With the help of an online survey, the papalotes of the pandemic allow us to reflect on the urban habitability of these settlements, while at the same time discovering inequalities and structural constraints are vehicles to propose innovative solutions.

Key words: urban habitability, structural inequalities, poor neighborhoods, pandemic.

1. Introducción

En junio de 2020 México enfrentaba la primera gran ola de contagios de la pandemia provocada por el virus SARS-CoV-2. El estado de Morelos no era ajeno a esta situación de tensión y debido a su cercanía con el epicentro de la pandemia, la Ciudad de México, la emergencia sanitaria se experimentaba con intensidad. Sin embargo, durante las tardes calurosas que marcan el inicio del verano, el cielo de

Cuernavaca, la capital morelense, se llenó de rombos, triángulos, estrellas, barriles y uno que otro esqueleto: ¡eran los papalotes¹ que se habían vuelto a volar en el poniente de la ciudad!

Con el asombro emergieron también las preguntas: ¿con el confinamiento se habían reinventado las formas de juego?, ¿los papalotes representaban un recurso de gestión frente a las pérdidas de la pandemia?, ¿los del poniente eran expresión colectiva de dicha gestión?, ¿qué revelaban acerca de las condiciones sociales y urbanas de quienes los hacían volar en un contexto pandémico?

Con una breve encuesta quise capturar la identidad de quienes habían desatado este proceso social, conocer sus condiciones, motivos y percepciones. Aplicar dicho instrumento en un trabajo de campo convencional implicaba un alto riesgo, por lo que aproveché los medios digitales y lo difundí en línea. Los resultados y las reflexiones derivadas de este ejercicio, con el que se da un poco de luz al amplísimo repertorio de las prácticas sociales emergentes en barrios urbanos populares en un contexto de pandemia, se reportan en este artículo.

Este escrito se organiza de la siguiente manera: en la primera parte se expone la respuesta de las ciencias sociales ante la pandemia y se ubica el estudio en uno de los campos de contribución, se delimita la mirada desde la sociología urbana, específicamente, con la operacionalización de la categoría *habitabilidad urbana*. Después, se expone la metodología empleada. En la tercera parte se presentan los resultados: la experimentación de la pandemia en un entorno urbano precario; en esta sección se caracterizan las condiciones de habitabilidad de la vivienda y de los espacios públicos de los barrios de estudio y se expone el análisis de los papalotes de la pandemia como un comportamiento compensador, revelador de desigualdades y restricciones estructurales, pero también, de soluciones innovadoras. En la parte final del documento se exponen las conclusiones de este ejercicio analítico.

2. Las ciencias sociales ante un nuevo coronavirus humano

El último día del año 2019, las autoridades sanitarias de una ciudad china llamada Wuhan dieron a conocer la aparición de una neumonía extraña. Semanas después, el 11 de marzo de 2020, la Organización Mundial de la Salud (OMS) declaró que la COVID-19, la enfermedad provocada por un nuevo coronavirus humano, el SARS-Cov-2, constituía una pandemia global que ya afectaba a más de 114 países.

Tan rápida como la propagación de este nuevo coronavirus fue la confluencia de dinero, músculo y cerebro hacia esta enfermedad infecciosa (Cohen, 2020), pues todo tipo de recursos, intereses y disciplinas han sido movilizados para su entendimiento y con el fin de mitigar sus consecuencias y afrontar la crisis que ha provocado.

Si bien las ciencias de la salud han hecho contribuciones sobresalientes para resolver este problema, las ciencias sociales también han aportado lo propio y sus esfuerzos intelectuales se expresan en un amplio abanico de formas y enfoques. Van Bavel et al. (2020) identificaron que los principales campos en que las ciencias sociales y conductuales han apoyado la respuesta pandémica son: presentación de

¹ En gran parte de México las cometas reciben el nombre de papalotes. Se piensa que este vocablo deriva del náhuatl *papalotl* que significa mariposa.

reflexiones sobre cómo se percibe la amenaza, los riesgos y qué consecuencias impone esta percepción para la toma de decisiones; de qué manera aspectos del contexto social como las normas sociales, la desigualdad social, la cultura y la polarización, deben considerarse para identificar factores de riesgo e intervenir adecuadamente; identificación de los desafíos asociados a las diferentes formas de desinformación y diseño de estrategias de comunicación efectivas para abatir las teorías conspirativas, las noticias falsas y lograr el entendimiento y la acción; el fomento de comportamientos prosociales por parte de individuos y grupos y el alineamiento de sus intereses a partir de la investigación sobre moralidad y cooperación; y el diseño de estrategias para mitigar los impactos del virus en la salud mental.

Dichas contribuciones de las ciencias sociales podrían agruparse en dos grandes divisiones. La primera, constituye un plano de reflexión conceptual y teórico, busca:

comprender y explicar los fenómenos sociales mediante las categorías y los conceptos del saber especializado de las ciencias sociales, y se concreta tanto en la dimensión microsocia como en la sistémica (Contreras, 2021:19).

El desarrollo de este rubro se expresa en la conceptualización de la pandemia más allá de un hecho de salud, como un reto social que trastoca todas las dimensiones de la vida humana, como una crisis en la que se conjugan aspectos económicos, financieros, políticos, ecológicos, alimentarios, sociales, entre otros (González-Cáceres, 2020). La segunda división busca reflexionar sobre las tareas tendiente a disminuir los impactos sociales y dilucidar cómo serán las nuevas normalidades, de modo que el quehacer de las y los científicos sociales de esta división es orientar la acción pública una vez que se minimice la pérdida de vidas humanas, (FES, CIEP y Gesoc AC, 2020; Comisión Lancet COVID-19, 2020).

Con este trabajo se busca tejer hilos que articulen ambas contribuciones pues el análisis riguroso no debe separarse del compromiso social. El arsenal teórico y metodológico de las ciencias sociales, al centrarse en las interacciones, contextos y estructuras sociales, es indispensable para entender la pandemia y sus efectos desiguales, pero también para contribuir creativamente al diseño de estrategias y apoyar la acción pública.

2.1 Una mirada desde la sociología urbana

Las contribuciones de ambos rubros de la investigación social pandémica han dejado claro que la salud, lo social, lo cultural, lo económico y lo ambiental están vinculados estrechamente y que lo que está en crisis es un modelo de vida en el cual las ciudades y su metabolismo podrían considerarse estructuras responsables del surgimiento y la gravedad de la actual pandemia, bien por su contribución a la destrucción del medio ambiente, corolario de su consumo desmedido, bien por la propagación de un estilo de vida cada vez menos humano (Rilo, 2020).

Por una parte, el metabolismo urbano ha provocado una alteración de todos los ecosistemas del planeta. De estos extrae recursos y a ellos envía residuos, lo que conduce a la degradación y pérdida de los ecosistemas y su biodiversidad, al mismo tiempo que expone a la población humana al surgimiento de nuevas enfermedades

zoonóticas (PNUMA, 2020). En este sentido, la pandemia pone en la mira la relación entre el modelo urbano y la naturaleza.

Por otra parte, las concepciones hegemónicas de la vida urbana tales como la forma en que habitamos, cómo nos desplazamos, el uso que hacemos de la infraestructura urbana y de los espacios públicos, cómo nos relacionamos con quienes nos rodean, entre otros rasgos, han construido un estilo de vida urbano que hoy nos expone a mayores niveles de contagio del SARS-CoV-2. De tal suerte que la pandemia también, pone al escrutinio los principales rasgos de la vida urbana moderna.

Esta pandemia nos recuerda, como antes lo hicieron otras, que fracasamos en la construcción de ciudades orientadas al bienestar. Los estudiosos de la relación entre la planeación urbana y la salud (D'Alessandro, 2017) han señalado que: "La urbanización es uno de los vehículos más importantes de las enfermedades infecciosas, porque provee las condiciones ambientales para su rápida propagación." (Neiderud, 2015). Por ello, la intervención pública en contextos pandémicos ha sido indispensable. Una rápida revisión de las enfermedades infecciosas recientes da cuenta de ello.

Pisano (2020) recuerda que, luego, de que la fiebre amarilla cobrara la vida de miles de personas en los Estados Unidos en 1800, Jefferson se refirió a las grandes ciudades como pestilentes para la moral, la salud y las libertades del hombre y pensaba que esta experiencia inhibiría el desarrollo urbano en ese país. También señaló que la epidemia del cólera en Londres afianzó la relación entre las interacciones espaciales y la salud, y la importancia de considerarla en la planeación urbana. Asimismo, esta enfermedad llevó a que, en Nápoles, se interviniera públicamente, se demolieran áreas insalubres y se impulsara el desarrollo de infraestructura y viviendas. Finalmente, el autor expone cómo la tuberculosis que azotó a Nueva York a principios del siglo XX indujo a la regulación de aspectos de la vivienda como las ventanas, el uso del agua corriente y la disposición de baños interiores, lo mismo que la gripe española, que dio forma a la arquitectura moderna como instrumento para el tratamiento y prevención de las enfermedades. Esto muestra que las epidemias han provocado importantes transformaciones urbanas, tanto en la gestión de la ciudad como en los modos de habitarla, y advierte que no hemos construido ciudades con el doble propósito de garantizar la plena satisfacción de las necesidades de la vida cotidiana y hacer que sus espacios, sistemas y formas sean propicios para contener la propagación de las enfermedades.

La pandemia por COVID-19 enfatiza que las ciudades contemporáneas tampoco cuentan con las capacidades para atender a esta doble tarea y que, en el caso de las ciudades latinoamericanas, la situación se empeora por la convergencia de factores que las hacen más vulnerables como la alta densidad demográfica, la prevalencia de asentamientos precarios sin acceso adecuado al agua, saneamiento y otros servicios básicos, la alta desigualdad social y la informalidad laboral, todo lo cual repercute en una limitada capacidad para hacer frente a esta crisis (Vera et al., 2020). De modo que, en las ciudades latinoamericanas, el debate se centra en evitar la propagación de la COVID-19 en un contexto urbano de precariedad y vulnerabilidad.

Sin embargo, al igual que en todo el mundo, la acción política para el control de la pandemia estuvo basada fundamentalmente en el distanciamiento social, lo que llevó a suspender las actividades consideradas no esenciales y a promover un confinamiento domiciliario con enormes costos. Dicha reclusión convirtió a la

vivienda en el lugar de aislamiento, reivindicó su papel histórico como satisfactor de protección y espacio donde se realiza el hábito simbólico de habitar (García, 2021), pero también desencadenó un conjunto de invenciones, improvisaciones y reformulaciones de prácticas cotidianas, así como un reacomodo de espacios y horarios, para disminuir los impactos de tal decisión en el contexto de la emergencia.

Y aunque esta medida reportó beneficios en la disminución de contagios, sobre todo en las ciudades europeas, se omitió que en un escenario como el latinoamericano un confinamiento exitoso requiere de poder gozar de una habitabilidad urbana.

La habitabilidad urbana es un concepto complejo, relacionado con el bienestar humano, que hunde sus raíces teóricas hasta Lefebvre, quien concebía el hábitat como el espacio apropiado socialmente. Actualmente, se habla de habitabilidad urbana en dos dimensiones: el *hábitat*, entendido como el sitio donde se asienta una población, y el *habitar*, que hace referencia a las prácticas sociales de apropiación del hábitat en el sentido lefevbriano. La habitabilidad urbana es una categoría sintética que busca integrar lo material, lo construido, con la existencia humana que lo dota de sentido, y cuya integración es fundamental para el bienestar humano; es decir, se estudia como una condición habitacional que liga a la vivienda y a la ciudad con el acto humano de habitar y se la relaciona con la calidad de vida. Esta categoría se ha operativizado a partir de caracterizar los elementos objetivos o materiales de las condiciones de la vida urbana, para evaluar la habitabilidad de la vivienda (García, 2020), de los espacios públicos (Alvarado et al., 2017), de los barrios y de las ciudades (Ziccardi y Figueroa, 2021); por lo cual se califican las características físicas de los inmuebles y del entorno urbano para determinar hasta qué punto sus condiciones permiten cubrir con las necesidades humanas básicas, el desenvolvimiento en el entorno inmediato y la integración a la ciudad.

Desde el inicio de la crisis por COVID-19, los organismos internacionales subrayaron que los modelos epidemiológicos predecían impactos pandémicos especialmente altos en las ciudades con contextos urbanos precarios y vulnerables, en las cuales se avizoraba una menor efectividad de las medidas de contención (Vera et al., 2020b:7), es decir, se enfatizó en que el déficit cualitativo en las viviendas y los barrios dificultaría el confinamiento, que una habitabilidad urbana precaria profundizaría la crisis sanitaria. Por ello, estudiar la habitabilidad urbana en los barrios populares se vuelve imperante para dar cuenta de las condiciones de las viviendas y del entorno urbano en su contribución al bienestar de los residentes en un contexto pandémico.

En este trabajo, a partir de mirar una práctica social emergente: volar papalotes, en relación con las condiciones de habitabilidad urbana en que dicha expresión tomó lugar, se identifican algunas claves para leer la experimentación de la pandemia entre la población de los barrios populares del poniente de la ciudad de Cuernavaca,

¿Qué nos dicen los papalotes de la pandemia de la habitabilidad urbana? ¿Los papalotes contrarrestaron la falta de recreación en los espacios públicos? ¿Corresponden a una reformulación lúdica emergente de los barrios populares caracterizados por hábitats precarios? ¿Dan cuenta de uno de los múltiples reacomodos para improvisar una vida alterna? ¿Son expresión de la construcción social del espacio?

3. Metodología

Se diseñó una encuesta para identificar a quiénes volaban papalotes al poniente de Cuernavaca. Interesaba conocer sus principales características sociodemográficas, obtener datos sobre el lugar donde los volaban y qué tan apropiado lo consideraban. También se indagó sobre la actividad lúdica en sí misma: el conocimiento previo para la elaboración del papalote, la forma en que este fue transmitido y los futuros depositarios, así como la frecuencia y el tiempo que se dedicaba a este pasatiempo y en compañía de quiénes se hacía. Al final, tres preguntas abiertas abordaron la percepción de los participantes sobre la importancia de esta práctica y su aparente prevalencia en el contexto de la pandemia.

La encuesta “Los papalotes de mi barrio” se difundió por redes sociales del 25 de mayo al 12 de junio de 2020. Para hacerlo, se identificaron perfiles de Facebook que funcionaban como grupos de venta, intercambios o páginas de avisos en las colonias Lagunilla del Salto y Benito Juárez donde, según mi percepción como habitante cercana a dichas colonias, se volaba un gran número de papalotes. Por medio de estos usuarios y a través de mi cuenta personal en dicha red social compartí la encuesta.

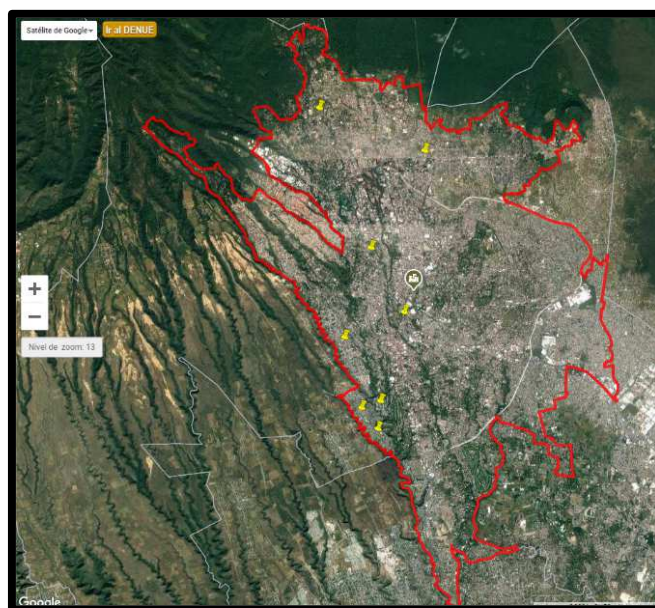
De ninguna manera se trata de una muestra representativa, pues el método seguido fue de “bola de nieve”, ya que estuvo acotado, primeramente, a quienes disponían de un dispositivo para conectarse a Facebook y tuvieran interés en colaborar, posteriormente fueron los propios participantes quienes compartieron la encuesta con quienes ellos sabían que volaban papalotes e incrementaron la “bola de nieve”, por lo cual no se tuvo control del alcance geográfico de la misma, lo que llevó a que se obtuviera información de otras colonias que inicialmente no estaban consideradas y de cuatro municipios del estado de Morelos.²

La primera decisión metodológica consistió en mantener las respuestas de aquellas colonias de Cuernavaca que no se habían considerado originalmente. Por ello, el análisis que se presenta a continuación considera a las colonias de la capital morelense, las cuales se identifican en la Figura 1, en la que se destaca que aún sin el control geográfico, la mayoría de quienes respondieron se localizaba en la zona poniente del municipio y en barrios populares.

La encuesta fue respondida por 57 personas, 34 hombres y 23 mujeres, de entre 14 y 62 años. La media y la moda de la población fue de 27.8 y 33 años respectivamente, lo que indica que la población inmiscuida en esta actividad es mayoritariamente joven y en edad productiva. De los encuestados, cuatro de cada diez se ocupan como empleado o empleada, dos de cada diez ejercen alguna profesión o son estudiantes y uno de cada diez se dedica a las tareas del hogar o se ocupa como trabajador por cuenta propia. Cuatro de cada diez encuestados vivían en la colonia Lagunilla del Salto.

² Se obtuvieron datos de las siguientes colonias: Acatlipa, Rubén Jaramillo y Campo Verde del municipio de Temixco; Ahuatepec, Altavista, Benito Juárez, Chulavista, Lagunilla del Salto, Lomas de la Selva, Santa María y Tlaltenango del municipio de Cuernavaca; Unidad Habitacional “La Rosa” del municipio de Jiutepec y Oacalco del municipio de Yautepec.

Figura 1. Municipio de Cuernavaca: localización de los participantes de la encuesta “Los papalotes de mi barrio”



Fuente: elaboración propia con la encuesta “Los papalotes de mi barrio” y la aplicación en línea “Inventario Nacional de Viviendas 2016” del INEGI <https://www.inegi.org.mx/app/mapa/inv/>>

Aunque los datos sociodemográficos recolectados permiten hacer cruces con algunos estadísticos disponibles. La intención no es hacer inferencias a toda la población de estas colonias, sino ayudar a contextualizar las condiciones habitacionales de estos barrios y profundizar en la experiencia de quienes los habitan.

4.La experiencia de la pandemia en un hábitat precario

La Jornada Nacional de Sana Distancia fue un “empujón” a corto plazo que modificó de manera inmediata el contexto de elección de la población. La vida familiar y colectiva se vio subordinada a la gestión sanitaria y se situó bajo nuevos parámetros y normas, que implicaron reorganizar los espacios de la vivienda y restringir las interacciones al hábitat más inmediato.

Debido a la transformación de dicho contexto de elección, las prácticas emergentes estuvieron condicionadas a la relación con dicho hábitat urbano (la vivienda y el barrio). Por lo que, mientras que para algunos sectores poblacionales la restricción al uso del espacio público pudo fácilmente compensarse con la utilización de sus espacios privados (patios, jardines, albercas), para otros sectores implicó una verdadera pérdida y produjo la refuncionalización de su hábitat inmediato. Por ello conviene identificar cómo son las condiciones de la habitabilidad urbana de aquellos para quienes el confinamiento implicó una pérdida.

Sin embargo, antes de caracterizar las condiciones de los barrios que nos ocupan, es oportuno dar un contexto de las condiciones que prevalecen en el municipio de Cuernavaca. De acuerdo con los últimos datos del Censo Nacional de Vivienda, la capital morelense tiene 114 637 viviendas particulares habitadas, con un promedio

de 3.3 ocupantes por vivienda y 0.8 de ocupantes por cuarto, ambos indicadores son inferiores al promedio nacional. De las viviendas de Cuernavaca: 99.8% tiene servicio de electricidad, 99.6% tiene disponibilidad de drenaje y 99.7% de excusado, 90.7% cuenta con agua entubada en el interior, 89.3% dispone de tinaco y 52.4% de cisterna o aljibe. Solo 1.2% de las viviendas tienen piso de tierra (INEGI 2020). Y, aunque estos indicadores muestran una superioridad en las condiciones de la vivienda respecto al promedio nacional, no se puede suponer que se trata de condiciones distribuidas homogéneamente en el municipio.

A continuación, propongo un acercamiento a los barrios que nos ocupan. Para hacerlo se utilizó la aplicación “Inventario Nacional de Viviendas 2016” del Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI) disponible en línea. Se consideró una división geostatística a nivel de áreas geostatísticas básicas (AGEBs) urbanas³ y se procedió a identificar aquellas de las colonias de las cuales se obtuvieron datos con la encuesta “Los papalotes de la pandemia”, se descargaron los microdatos y se obtuvieron los resultados que se muestran en la Tabla 1.

Tabla 1. Condiciones de habitabilidad de la vivienda de las colonias de estudio

Colonia	No luz eléctrica	No agua entubada	No WC	No drenaje	Piso de tierra	Viviendas con un dormitorio	Hacinamiento crítico
Ahuatepec	0.3	5.9	1.1	0.6	2.8	35.9	3.6
Altavista	-6.0	0.4	0.4	-6.0	3.1	30.9	4.4
Ampliación Lagunilla	-6.0	1.2	1.4	0.6	2.5	42.7	4.1
Benito Juárez	4.0	2.3	0.5	0.9	2.6	43.1	5.2
Chulavista	0.0	0.4	0.3	-6.0	2	32.4	4.5
Lagunilla	3.0	1.4	0.3	0.3	3.1	41.8	4.9
Lomas de la Selva	-6.0	0.5	2.2	-6.0	0.5	38.3	1
Santa María	-6.0	8.4	1.7	1.9	3.4	37.6	5.5
Tlaltenango	0.4	0.4	0.9	-6.0	1.1	30.6	0.7

Fuente: elaboración propia con base en Inventario Nacional de Vivienda, 2016.

La información de la Tabla 1 muestra que las condiciones de habitabilidad de la vivienda de estos barrios son precarias, principalmente para las colonias localizadas al norte de Cuernavaca: Ahuatepec y Santa María; las cuales manifiestan dificultades incluso para acatar la medida de prevención más elemental, que es el lavado de manos, pues 5.9% de las viviendas, en la primera, y 8.4% en la segunda, no cuentan con agua entubada dentro del domicilio. Situación que se agrava en esta última, si se considera que 1.9% de las viviendas también carece del servicio de drenaje.

Asimismo, se destacan dos condiciones que imponen dificultades estructurales a las familias frente a las exigencias marcadas por el confinamiento, a saber, el alto porcentaje de viviendas con un solo dormitorio y el hacinamiento crítico de los habitantes de estos barrios, ambas situaciones impiden cumplir con la sana distancia e imposibilitan el aislamiento en caso de contagio.

³ Las AGEBS constituyen la unidad básica del Marco Geoestadístico Nacional y las subdivisiones de las áreas geostatísticas municipales. Son los datos más desagregados que se pueden tener en México y permite entender si la infraestructura de los servicios básicos se concentra o se distribuye equitativamente a nivel municipal.

En cuanto a las condiciones de la habitabilidad urbana en los espacios públicos, consideramos que Cuernavaca ofrece buenas condiciones para las clases sociales altas (que se localizan principalmente al este de la ciudad), y aceptables para las medias (distribuidas en el centro-sur y norte). Sin embargo, para las colonias del poniente es insuficiente si consideramos la alta densidad poblacional que las caracteriza.

La dotación de infraestructura y equipamiento para desarrollar actividades deportivas, recreativas, culturales y de convivencia social en los barrios del poniente de Cuernavaca es limitada. Por ejemplo, la colonia Benito Juárez tiene una cancha deportiva multiusos, la colonia Chulavista cuenta con dos. Probablemente las colonias Lagunilla y Altavista sean las mejores dotadas de esta infraestructura. La primera cuenta, en su zona núcleo, con una plaza cívica y un conjunto de canchas deportivas multiusos, el cual está habilitado como parque infantil; mientras que la zona norte de la colonia dispone de un polideportivo que incluye un campo de fútbol, una cancha multiusos y una zona con aparatos de gimnasio al aire libre. La colonia Altavista tiene una cancha doble acondicionada para jugar fútbol y básquet, otras canchas deportivas de fútbol rápido y una cancha deportiva al interior de un conjunto de departamentos.

Sin embargo, la dotación de estos espacios de diversión y convivencia es escasa, precaria, no es variada y a menudo es resultante de la autogestión comunitaria, por lo que consideramos que esta área de la ciudad padece una asimetría frente a otras zonas mejores servidas.

Aunado a lo anterior, el 30 de abril de 2020, la Subsecretaría de Protección Civil de Cuernavaca emitió nuevas directrices en materia de seguridad sanitaria. Entre ellas, la suspensión del uso de los espacios públicos como calles, avenidas y plazas públicas, es decir, se prohibió permanecer en ellos y ocuparlos sin causa justificada. Esta situación afectó de manera notable a las poblaciones de estos asentamientos.

Si bien en los barrios estudiados se experimentaba una restricción importante para acceder y disfrutar de los espacios públicos desde antes de la crisis sanitaria, en la pandemia esta situación empeoró, lo que es especialmente grave pues se ha señalado que: “La falta de acceso a espacios exteriores puede tener un efecto perjudicial en la salud física, mental y emocional de los residentes.” (Vera et. al, 2020:114). Por lo que se puede decir que, en esta zona, la restricción significó una amplificación de las desigualdades estructurales.

5. Papalotear: un comportamiento compensador en la pandemia

Se dice que la cometa nació en China y se extendió en Europa por medio del Imperio romano. Llegó a México con los españoles y los indígenas lo llamaron *papalotl*, que significa mariposa, por su semejanza con este insecto, de ahí que nosotros lo conocemos como *papalote*.

Un papalote es un juguete casero, pero no cualquiera, en este confluyen funciones de destreza, entretenimiento y competencia. Destreza porque su elaboración implica un proceso creativo en diseño e ingenioso en construcción, que toma forma a partir de varillas de madera, pegamento y papel “china”, con los cuales se construye un armazón, el cual adquirirá una forma fantástica sin perder su ligereza y aerodinamismo. *Papalotear* implica una función de entretenimiento desde el

proceso de elaboración, hasta el desarrollo de capacidades interpretativas del viento, tanto para aprovecharlo mejor, pues no se logra volar un papalote a la primera, como para mantenerlo estable en el aire el mayor tiempo posible. Y finalmente, la función de competencia del papalote radica en que representa un objeto del cual se evalúa su belleza y originalidad, así como la distancia y la altura que puede alcanzar.

A partir de la información recogida con la encuesta “Los papalotes de mi barrio” se sugiere que, ante las condiciones precarias de la vivienda y la reducción del disfrute del hábitat inmediato, emergió un comportamiento compensador, el cual se hizo visible con el rescate de este pasatiempo en desuso.

Si bien volar papalotes era considerado un pasatiempo infantil, los resultados de la encuesta informan que quizá este ya no lo sea. Durante la pandemia, entre siete y ocho de cada diez personas que volaron un papalote tenían más de 25 años, la amplia afición entre los grupos etarios de adultos jóvenes podría indicar que el confinamiento sacudió a los otrora infantes, quienes, no acostumbrados a los juguetes con control remoto y wifi, contrarrestaron los estragos de la falta de recreación en los espacios públicos con creatividad y resiliencia. Se trata de una práctica social emergente en el contexto de la pandemia, porque siete de cada diez personas que atesoraron un papalote en 2020, no lo habían tenido el año anterior.

Por otra parte, seis de cada diez encuestadas percibieron un incremento en el número de papalotes con respecto al 2019. La mayoría de quienes así lo percibieron apuntaron que se debió a la pandemia, a la cuarentena o al encierro, señalaron que la contingencia los llevó “a la búsqueda de actividades de juego y entretenimiento durante el confinamiento” (Hombre, 26 años, profesionalista), pero también identificaron que “en cuarentena hubo más tiempo” (Mujer, 22 años, profesionalista), porque “ahora la mayoría estamos en casa cuidándonos de la pandemia actual y como distractor hacemos un papalote y así recordamos y aprendemos cosas nuevas” (Mujer, 17 años, estudiante). En suma, la idea que predomina es que “por la contingencia, tuvimos tiempo de hacer papalotes” (Mujer, 25 años, empleada).

Estas respuestas, referidas a la búsqueda de alternativas de juego y la disponibilidad de tiempo durante la pandemia, si bien son interesantes, no permiten aclarar por qué fueron los papalotes y no otros juegos los que se visibilizaron, o por qué en el poniente y no en otros sitios, y omiten que la preferencia por esta actividad está mediada por otros elementos, entre ellos, la experiencia previa, por ejemplo, saber hacer un papalote o allegarse de los materiales para elaborarlo. Es decir, son insuficientes para aclarar la relación entre la pandemia y el rescate de los papalotes.

Otras respuestas de quienes también percibieron un incremento en el número de papalotes durante la pandemia, permiten identificar aspectos sociológicos para profundizar en esta relación. Por ejemplo, se señala que se trató de una moda pues “todos andaban con su papalote” (Hombre, 19 años, estudiante), incluso se advierte que “los vendedores los pusieron a la moda” (Mujer, 43 años, empleada) o se apunta que “todos estábamos encerrados viendo los papalotes de otros” (Hombre, 21 años, trabajador por cuenta propia); en pocas palabras: “como vimos que otros hicieron, no quisimos quedarnos atrás.” (Hombre, 42 años, empleado).

La idea que subyace para explicar la percepción del incremento como producto de una moda, es que las personas somos reactivas a las decisiones de otras, de tal suerte que ver volar los papalotes en el hábitat inmediato, en un contexto caracterizado por

la incipiente comprensión de las normas sociales emergentes, desencadenó un proceso social que derivó en la actualización colectiva de las prácticas de juego y tuvo como una de sus expresiones la recuperación de los papalotes.

La percepción de uno de los encuestados ahonda en este proceso social: Las personas buscaron formas de entretenerse en casa y fue una buena opción hacer papalotes, creo que al ir viendo poco a poco papalotes en el cielo las demás personas se interesaron e hicieron el suyo o lo compraron. (Hombre, 20 años, estudiante).

Se trata de una actualización de prácticas, pero solo para la población mayor a 25 años, pues los propios encuestados señalan que “las nuevas generaciones, vieron muchos papalotes y no sabían qué eran” (Hombre, 27 años, profesionista), destacan que “fue una cosa novedosa para los niños” (Hombre, 26 años, empleado). En otras palabras, este comportamiento compensador significó una actualización de prácticas para unos y representó una invención para otros.

Por otra parte, cuatro de cada diez encuestados señalaron que no percibieron un incremento en el número de papalotes durante la pandemia, pero enfatizaron que volar papalotes es un juego que está en peligro pues “es una tradición que se está perdiendo.” (Hombre, 30 años, empleado). Algunos consideraron que esto se debe a la “falta de convivencia con los familiares y al aumento del uso de la tecnología (Hombre, 31 años, profesionista). Solo dos de los encuestados estimaron que no hubo un aumento sino una disminución en el número de papalotes.

La información de la encuesta permite sostener que los papalotes del poniente de Cuernavaca pueden interpretarse como un comportamiento compensador en un contexto pandémico. Este proceso social, que es producto de la reformulación de las prácticas cotidianas de esparcimiento en un contexto de habitabilidad urbana precaria, es un revelador de desigualdades, de restricciones estructurales y al mismo tiempo, un vehículo que plantea soluciones innovadoras.

5.1 Los papalotes que revelan desigualdades

Anteriormente señalé que este juguete casero requiere destreza y, aunque la elaboración de un papalote es relativamente sencilla, no todos saben hacerlo. Seis de cada diez personas que tuvieron un papalote en la pandemia, lo elaboraron ellas mismas, tres lo compraron y a uno de cada diez se lo regalaron. No parece haber diferencias entre hombres y mujeres en la predisposición para elaborar este juguete, pero ellas se mostraron menos dispuestas a comprarlo; en cambio, siete de cada diez personas que lo adquirieron fueron hombres, principalmente entre los 25 y 34 años.

Las personas que elaboraron su papalote, los cuales fueron hechos de los materiales clásicos -papel china y varillas de madera⁴-, refirieron que en promedio les tomó una hora y cincuenta minutos hacerlo, con diferencias importantes entre hombres y mujeres, pues entre siete y ocho de las personas que destinaron menos tiempo en su elaboración eran varones; mientras que siete de cada diez de quienes dedicaron más tiempo eran mujeres.

Estas diferencias en la destreza para la elaboración del papalote, al menos considerando la rapidez para construirlo, podrían tener su explicación en la forma

⁴ Incluso entre quienes compraron su papalote, siete de cada diez prefirieron el papalote de papel.

en que se transmite este conocimiento. Los resultados de la encuesta indican que la principal vía de transmisión es la familia, cinco de cada diez personas refirieron que fueron sus padres quienes las enseñaron y dos de cada diez, sus familiares; no obstante, la tercera parte de quienes lo aprendieron de sus padres fueron varones, entre los cuales otra fuente importante de transmisión fueron los amigos, mientras que siete de cada diez personas que aprendieron solas fueron del sexo femenino.

Parece que la principal forma de transmisión de este conocimiento seguirá siendo la familia: los datos muestran que ocho de cada diez personas que hicieron su papalote en la pandemia estuvieron acompañados de sus padres o de familiares cercanos. Aquí se tiene un área de oportunidad para hacer que la transmisión de este conocimiento sea equitativa entre los niños y las niñas de las colonias populares.

Por otra parte, en cuanto al tiempo dedicado a esta actividad recreativa se encontró que de cada cinco personas que respondieron la encuesta, una volaba su papalote tres veces a la semana, entre una y dos lo hacían hasta dos veces y tres de cada cinco una vez por semana, lo que revela la falta de tiempo disponible consagrado a esta actividad y, probablemente, a alguna otra actividad recreativa. Entre quienes realizaban más frecuentemente esta actividad estaban las mujeres (ocho de cada diez); sin embargo, la tercera parte de ellas lo hacía en sesiones cortas con duración menor a una hora. Se destaca que las mujeres que reportaron mayor frecuencia y duración en el uso de su papalote fueron las mayores de 60 años. Todas las mujeres que realizaban esta actividad lo hacían acompañadas, en el caso de las menores de 25 años, de sus familiares, y de las mayores de esa edad, de sus hijos. En cambio, la población masculina reportó ser la que jugaba con menos frecuencia a la semana, pero quienes dedicaban más de dos horas en promedio. Los varones más jóvenes se acompañaban de amigos, mientras que los mayores de 25 años, de sus hijos y familiares.

Al poner atención en la dimensión temporal de esta práctica emergente, queda al descubierto la falta de tiempo disponible para las actividades recreativas entre la población joven y económicamente activa de los barrios populares. Es decir, los papalotes de la pandemia también informan de aquella variable que completa la evaluación multidimensional de la pobreza multidimensional: la pobreza de tiempo (Boltvinik y Damián, 2016).

Asimismo, se descubren desigualdades de género entre los habitantes de estos asentamientos. Por una parte, las mujeres son quienes más tiempo dedican a la elaboración del papalote porque su destreza está vinculada a las carencias y dificultades para adquirir este conocimiento, dado que la mayoría de ellas aprendieron a hacerlo solas. Por otra parte, aunque son ellas quienes juegan con mayor frecuencia, el periodo de tiempo es corto. Esta situación podría estar referida a lo encontrado por otros (Llanes y Pacheco, 2021), a saber, que el confinamiento ha incrementado el trabajo de las mujeres. Recordemos que cinco de cada diez mujeres encuestadas se ocupan en empleos extra domésticos, además tres de cada diez se dedican a las actividades del hogar y dos son estudiantes. Por lo que podemos decir que los impactos de la pandemia se han extendido hasta restringir a las mujeres del disfrute de actividades de esparcimiento, incluso dentro de su propia vivienda.

5.2 Los papalotes que advierten restricciones estructurales

Los papalotes de la pandemia actualizaron temporalmente la vivienda como espacio simbólico del habitar, reactivándola como lugar de juego: siete de cada diez de las personas encuestadas volaron sus papalotes dentro de sus domicilios, entre tres y cuatro de cada cinco en la azotea y, en menor proporción, en el patio.

Cuatro de cada diez personas que utilizaron su azotea estimaban que era un lugar adecuado, porque “ahí corre bien el viento” (Mujer de 28 años, trabajadora por cuenta propia) o porque “es un espacio amplio libre de obstáculos.” (Hombre, 35 años, trabajador por cuenta propia). Nueve de cada diez personas que usaron su patio consideraron que era un buen lugar porque era seguro, “es amplio y sin riesgo de cables o postes” (Hombre, 37 años, empleado) o “es amplio y sin tránsito de automóviles” (Mujer, 37 años, profesionalista). Aunque para algunos estas ventajas no compensaban las deficiencias, por ejemplo, algunos advertían “es seguro, aunque no logro elevarlo mucho.” (Mujer, 33 años, trabajadora por cuenta propia).

No obstante, entre cuatro y cinco personas que volaron su papalote al interior de sus domicilios se mostraron insatisfechos. Entre las consideraciones más recurrentes se señaló la inseguridad del lugar: “por el peligro del lugar, mi casa es muy alta y procuramos no acercarnos a la orilla” (Mujer, 29 años, dedicada al hogar). También se mencionó que el espacio era insuficiente “porque hay muchas cosas que estorban, como casas, árboles y postes de luz” (Mujer, 33 años, dedicada al hogar). En términos generales se admitió que la vivienda “no es un lugar que se preste, pero es lo que tenemos” (Mujer, 32 años, empleada).

Por otra parte, tres de cada diez de los participantes de la encuesta no encontraron las condiciones para volar sus papalotes al interior de sus domicilios debido a las limitaciones del espacio físico, por lo que lo hicieron en un espacio público o la calle. De ellos, dos de cada tres consideraron que era un lugar adecuado “porque hay mucho espacio, no hay obstáculos y hay viento” (Hombre, 30 años, estudiante) o porque “está grande y no hay a nadie a quien podamos molestar” (Mujer, 19 años, estudiante). No obstante, la tercera parte consideró que los espacios públicos y las calles eran un lugar peligroso: “pues siempre es peligroso estar en la calle” (Hombre, 33 años, empleado).

En general, entre cuatro y cinco de cada diez participantes se sintieron insatisfechos con el sitio utilizado para esta actividad, ya fuera su domicilio o los espacios públicos, lo que revela que el hábitat no cumple el fin fundamental para el que fue construido, que es su interacción con la existencia humana para albergar las prácticas sociales que contribuyan al bienestar.

Frente a la pregunta de en qué lugar le gustaría volar su papalote, cuatro de cada diez personas encuestadas preferirían hacerlo en el campo abierto, destaca que se escogería un “lugar alto donde se libre tanto cable” (Hombre, 20 años, estudiante) o “un campo abierto sin peligros.” (Mujer, 33 años, dedicada al hogar). Entre dos o tres de cada diez desearían volarlos en los parques, algunos puntualizan que esos lugares deben ser amplios y libres de obstáculos: “no como el de la colonia que está lleno de estorbos.” (Mujer, 62 años, dedicada al hogar). Incluso sus respuestas plantean puntualmente sus necesidades “quisiera que hubiera un parque donde dejaran pasar a volar papalotes” (Hombre, 39 años, empleado); las cuales se transforman en demandas concretas: “debería de haber más parques donde volar papalotes sin preocupaciones de accidentes.” (Hombre, 26 años, profesionalista).

Dos de cada diez personas refirieron a lugares extraurbanos para ejecutar esta actividad. Sobresale el deseo por acudir a entornos montañosos, principalmente el referente simbólico más inmediato que son las Lagunas de Zempoala, al norte del estado de Morelos. Finalmente, hubo quienes expresaron su deseo de volar papalotes en un campo deportivo, algunos señalaron la intención de acudir al “campo de fútbol de la colonia”, el cual, en ese momento, estaba cerrado.

5.3 Los papalotes que plantean soluciones

Los papalotes de la pandemia “hablan” por quienes habitan en los barrios populares y nos ayudan a comprender sus realidades, pues la pandemia se vive en relación con el lugar en que uno habita, se experimenta en relación con el hábitat más inmediato.

Los papalotes de la pandemia permitieron dotar de cierta vitalidad la vida de los barrios populares del poniente de Cuernavaca, no solo porque a ese nivel se generó el proceso social aquí documentado, sino porque fue a nivel barrial donde todos los encuestados obtuvieron los materiales: siete de cada diez personas refirió que compró todo lo necesario en las papelerías de su colonia y dos de cada diez señalaron la importancia de “tener el campo a la mano” para ir a buscar las varillas de madera. Quienes compraron su papalote, lo adquirieron también en su propia colonia de residencia. En ese sentido, los papalotes colocan nuevamente en la mesa de la reflexión la situación de los barrios populares y permiten identificar oportunidades.

Por una parte, dan cuenta de la demanda implícita de mejorar las condiciones de la vivienda y de los espacios públicos de las colonias, los cuales deben considerar diseños más adecuados a las necesidades existentes y estar orientados bajo el principio de la sanidad. En la actual pandemia la vivienda ha cobrado mayor importancia en la vida de las personas y se ha vuelto un elemento crítico para repensar la ciudad. La zona poniente de Cuernavaca padece problemáticas particulares, algunas de las cuales tienen que ver con su topografía física, otras con la habitabilidad urbana, este análisis señala que la vivienda debe asumirse como un incentivo para transformar el paisaje urbano.

De manera inmediata, la acción pública debe disminuir la vulnerabilidad socio habitacional, entrelazando la mejora de la vivienda con la necesaria reactivación y ampliación de los espacios públicos, dado que ahora mismo las condiciones de habitabilidad urbana de esta zona están jugando en contra de la pandemia y ulteriormente, lo harán contra el disfrute urbano. Los tomadores de decisiones deben dar respuestas oportunas y diferenciadas a escala barrial, es urgente proteger a los más vulnerables y destinar recursos focalizados para hacer de las colonias populares entornos resilientes.

Otra de las oportunidades que los papalotes nos permiten identificar es que este comportamiento compensador, podría conducir a soluciones permanentes. Por una parte, los papalotes de la pandemia, vistos como un reclamo social por el derecho al espacio, podrían interpretarse como una presión para influir en la producción del espacio, alejada de un carácter tecnocrático y capitalista, y orientada a las necesidades de las personas. Las respuestas de la encuesta dejan ver que las comunidades saben lo que necesitan y plantean con puntualidad sus demandas más sentidas. La propuesta explícita que los papalotes han planteado podría conducir a

una adaptación de los espacios públicos disponibles para transformarlos en lugares amplios, abiertos y seguros para posibilitar el disfrute de esta y de otras actividades.

Por otra parte, la información arrojada por la encuesta revela que en medio de las dificultades que acarrea la habitabilidad urbana, y de la pobreza de tiempo que padecen los habitantes de los barrios populares, la recuperación de este pasatiempo se percibe positivamente: “es muy bueno para preservar nuestras tradiciones” (Hombre, 27 años, empleado por cuenta propia); también porque se estima que fomenta la convivencia familiar: “me parece una solución interesante y divertida para pasar tiempo en familia, por lo que considero que este aumento puede resultar beneficioso” (Hombre, 26 años, profesionalista); porque promueve una forma de juego alternativa a las nuevas tecnologías: “¡Por fin dejaron el celular y el *Face!*” (Mujer, 25 años, empleada).

En este sentido volar papalotes es un elemento disruptivo en un sistema de hábitos de entretenimiento pasivo, que se basa en un esparcimiento orientado a superar el tedio más que a llenar un sentimiento de vacío (Damián, 2021). Una de las encuestadas más jóvenes, expresó que le gusta volar papalotes “porque es divertido ver cómo se alza y cómo tiene mucho que ver la física, las matemáticas, el ambiente y el lugar donde se va elevando.” (Mujer, 17 años, estudiante). Para ella el papalote es un pasatiempo gratificante que estimula la creatividad y libera un proceso de aprendizaje.

La segunda solución que aportan los papalotes de la pandemia es mostrar un camino para superar los obstáculos que se enfrentan cotidianamente en estos barrios. Quienes desencadenaron este proceso social, descubrieron que, en medio de una habitabilidad urbana precaria, es posible construir condiciones favorables para el desarrollo de actividades de ocio que reportan beneficios culturales, familiares, de aprendizaje, etcétera.

6. Conclusiones

Muchos creen que la crisis pandémica plantea una inflexión histórica que nos conducirá a un cambio de época. Si esto es cierto, vale la pena reflexionar sobre la dirección que daremos a nuestras realidades sociales.

Con este trabajo se abona en uno de los campos de contribución de las ciencias sociales: específicamente, se atiende a la tarea de dilucidar qué aspectos del contexto social imponen dificultades a determinadas poblaciones y de qué manera se puede intervenir para aminorarlos. Asimismo, este ejercicio analítico buscó tejer puentes, entre la rica reflexión teórica y conceptual de las ciencias sociales y una modesta contribución que se ofrece desde la sociología urbana para orientar la acción pública hacia la nueva normalidad.

Con este trabajo, quise llamar a la reflexión sobre las condiciones que caracterizan a los barrios populares, que son lugar común en muchas ciudades del mundo. La intención fue visibilizar que una práctica emergente, que interpreto como un comportamiento compensador, puede evidenciar problemas de fondo, en este caso, tanto en las condiciones de la vivienda como de la ciudad.

Aquí los papalotes son usados como un pretexto para sensibilizarnos sobre la reestructuración necesaria de la vida y forma urbanas, pues nuestras ciudades se

han convertido en máquinas productoras de desigualdades que hoy colocan a unos en mayores desventajas frente a la aparición de un nuevo coronavirus humano. En este artículo, los papalotes de la pandemia también son un motivo para abrir el concepto de habitabilidad urbana y abonar, más que los aspectos físicos o materiales de la vivienda y la ciudad, en la importancia del *habitar* en la constitución de la condición humana.

En el verano pasado los habitantes de los barrios populares del poniente de Cuernavaca actualizaron una práctica lúdica, creativa e inmediata para gestionar una de las múltiples pérdidas derivadas de la pandemia. Con ello no solo rescataron a los papalotes del olvido, sino que construyeron una identidad colectiva y una forma de interactuar con la ciudad. Este proceso los hizo percibir su hábitat y pensar el habitar. El habitar sólo se comprende en su intersubjetividad. En la pandemia este proceso se desencadenó de manera contingente, ojalá que logre articularse con lo posible y que a los papalotes no se los haya llevado el viento...

7. Referencias bibliográficas

ALVARADO, C., ADAME, S. y SÁNCHEZ, R. (2017). Habitabilidad urbana en el espacio público, el caso del centro histórico de Toluca, Estado de México. *Sociedad y Ambiente*, 13, 129-169. <https://revistas.ecosur.mx/sociedadambiente/index.php/sya/article/view/1758/1681>

BOLTVINIK, J. y DAMIÁN, A. (2016). Pobreza creciente y estructuras sociales cada vez más desiguales en México. Una visión integrada y crítica. *Acta Sociológica*, 70, 271-296. <https://doi.org/10.1016/j.acso.2017.01.012>

COHEN, J. (2020). Shots of Hope. *Science*, 370(6523), 1392-1394. <https://doi.org/10.1126/science.370.6523.1392>

Comisión Lancet COVID-19. (2020). Lancet COVID-19 Commission Statement on the occasion of the 75th session of the UN General Assembly. *The Lancet*, 396 (0257), 1102-1124. <https://www.thelancet.com/action/showPdf?pii=S0140-6736%2820%2931927-9>

CONTRERAS, O. (2021). Introducción. Las ciencias sociales frente a la pandemia de COVID-19. En Oscar F. Contreras (Coord.), *Ciencias sociales en acción: respuesta frente al COVID-19 desde el norte de México* (pp. 17-35). El Colegio de la Frontera Norte.

D'ALESSANDRO, D.; APPOLLONI, L. y CAPASSO, L.. (2017). Public health and urban planning: a powerful alliance to be enhanced in Italy. *Annali di igiene*, 29 (5), 453-463.

https://www.researchgate.net/publication/318541182_Public_health_and_urban_planning_a_powerful_alliance_to_be_enhanced_in_Italy

DAMIÁN, A. (2021). Confinamiento y aburrición en el capitalismo. *Otros Diálogos*, 14. El Colegio de México. <https://otrosdialogos.colmex.mx/confinamiento-y-aburricion-en-el-capitalismo>

Friedrich Ebert Stiftung (Fes), Centro de Investigación Económica y Presupuestaria (Ciep) y Gestión Social y Cooperación Asociación Civil (Geoc AC). (2020).

Consideraciones de Política fiscal ante el COVID-19.
<http://pued.unam.mx/export/sites/default/archivos/covid/CIEP.pdf>

GARCÍA, R. (2021). Habitabilidad en los hogares de Sonora. Repensando el tema durante la pandemia. En Oscar F. Contreras (Coord.) *Ciencias sociales en acción: respuesta frente al COVID-19 desde el norte de México* (pp. 200-217). El Colegio de la Frontera Norte..

GONZÁLEZ-CÁCERES, A. (2020). En medio de la crisis y la pandemia medio siglo del sistema monetario vigente. *Nuestra América XXI. Desafíos y Alternativas.*, 5(48), 12-15. <https://www.clacso.org/boletin-48-nuestra-america-xxi-desafios-y-alternativas/>

Instituto Nacional de Estadística y Geografía (Inegi). (2020). *Censo Nacional de Población y Vivienda 2020.* Inegi. <https://www.inegi.org.mx/programas/ccpv/2020/>

Instituto Nacional de Estadística y Geografía. (Inegi). (2016). *Inventario Nacional de Viviendas 2016.* Inegi. [Aplicación móvil] <https://www.inegi.org.mx/app/mapa/inv/>

Bavel, J.J.V., Baicker, K., Boggio, P.S. et al. (2020). Using social and behavioural science to support COVID-19 pandemic response. *Nature Human Behaviour*, 4, 460–471. <https://doi.org/10.1038/s41562-020-0884-z>

LLANES N. y PACHECO, E.(2021). Maternidad y trabajo no remunerado en el contexto del COVID-19. *Revista Mexicana de Sociología*, 83, Número Especial. Efectos sociales por la pandemia de COVID-19. <http://mexicanadesociologia.unam.mx/index.php/v83ne/461-v83nea3>

NEIDERUD, C.J. (2015). How urbanization affects the epidemiology of emerging infectious diseases. *Infection Ecology & Epidemiology*, 5(1).. <https://doi.org/10.3402/iee.v5.27060>

PISANO, C.(2020). Strategies for Post-COVID Cities: An insight to Paris en Commun and Milano 2020.*Sustainability*, 12(15). <https://doi.org/10.3390/su12155883>

Programa de Naciones Unidas para el Medio Ambiente. (2020): *Trabajar con el medioambiente para proteger a las personas. Respuesta del PNUMA a la COVID-19.* PNUMA. https://wedocs.unep.org/bitstream/handle/20.500.11822/32218/UNEP_COVID_S_P.pdf?sequence=15

RILO, M. C. (2020). ¿Qué podemos aprender de la pandemia COVID-19? . *Revista del Instituto de Investigaciones Jurídicas UNAM*, 56. <https://revistas.juridicas.unam.mx/index.php/hechos-y-derechos/article/view/14504/15625>

VERA, F., ADLER V. y URIBE M. (2020b).¿Qué podemos hacer para responder al COVID-19 en la ciudad informal?<https://publications.iadb.org/publications/spanish/document/Que-podemos-hacer-para-responder-al-COVID-19-en-la-ciudad-informal.pdf>

VERA, F., ADLER, V., URIBE, M., et al. (2020). ¿Cómo se están preparando las ciudades de América Latina y El Caribe para una reapertura ante el COVID-19?. <http://dx.doi.org/10.18235/0002501>

ZICCARDI, A. y FIGUEROA, D. (2021). Ciudad de México: condiciones habitacionales y distanciamiento social impuesto, COVID-19. *Revista Mexicana de Sociología*, 83, Número Especial. Efectos sociales por la pandemia de COVID-19. <http://mexicanadesociologia.unam.mx/index.php/v83ne/460-v83nea2>